

quieto y agitado entre sus grandezas, suplicó á Dionisio que le permitiera abdicarlas. Con aquella leccion emblemática dió á conocer Dionisio la existencia de los tiranos en el centro de los deleites y del fasto que los circunda.

CAPITULO XLIII.

Continuacion de la historia de Bion.

UN dia encontré á Dionisio profundamente melancólico; quise alejarme, pero me llamó, y me dijo: « ¿Filósofo griego, has adivinado alguna vez el enigma de la felicidad? ¿sabes donde existe? » — Oid, le respondí, la respuesta de Anaxagoras á un gran señor que le preguntó ¿cual era el hombre feliz? « No » es aquel que, cargado de honores y de riquezas, parece dichoso á los ojos del vulgo, » sino aquel que cultiva un reducido campo, » y que mezcla con sus trabajos campesinos » el comercio sin ambicion de las Musas. Es » verdad que su modesto exterior y su sosegada cara no espresan las vivas emociones » de la alegría; pero es porque esta habita en » su corazon. » — Tambien os citaré la bella fábula de Crantor: presenta en los juegos olímpicos á la Riqueza, al Deleite, á la Salud,

y á la Virtud: cada una de estas pide la manzana. La Riqueza dice: Yo soy el soberano bien, porque conmigo se compra todo. El Deleite dice: La manzana me pertenece, porque, si las riquezas se desean, es solo por conseguirme. La Salud asegura que no hay deleite sin ella, y que la riqueza es inútil. Por último, representa la Virtud que es superior á todas tres, porque con oro, deleites y salud, cabe ser miserabilísimo, gobernandose mal. La Virtud logró la manzana. — « La fábula es ingeniosísima, repuso Dionisio; pero sería mas exacta, si Crantor hubiese dicho que el soberano bien, ó la felicidad, es la reunion de las cuatro competidoras: virtud, salud, deleites y riquezas. Pero Crantor y Anaxagoras dicen bien: en el ápice de las grandezas, y nadando entre la molicie y el lujo, estoy cansado de vivir, y me juzgo el hombre mas desventurado de los nacidos. Dame consejos: dime ¿que camino deberé tomar para ver algunos resplandores de esa felicidad fugitiva? ¿que harías en mi lugar? — Me escaparía, Señor, de este vastísimo palacio: dejaria de ser Rey, para volverme particular y hombre: me retiraria á Atenas, que es la morada dichosa de las artes, de la filosofia, del buen gusto, de la cortesía y de la libertad: compraria una bellísima casa de campo: plantaria y fabricaria: hablaria con

hombres amables y con filósofos : me meteria dentro del círculo de unos pocos amigos : me haria una casa que fuese feliz con mis beneficios ; y siendo sabio sin austeridad , filósofo sin sistema , amante de las letras sin pretensiones de literato , aficionado á los placeres con delicadeza , y solitario sin misantropía , aguardaria con dulcísima incuria á que saliese mi último sol. — Me has persuadido , repuso Dionisio : voy á deponer un cetro sitiado por tantos riesgos y trabajos , y á preparar mi retiro. Con todo , guardame el secreto. Ven mañana por la mañana , y trataremos de acuerdo sobre el proyecto que me ha seducido. » — Despedíme de Dionisio , dandome la enhorabuena de haber hecho semejante prosélito , y de haber adquirido un Rey á la filosofía.

Volví al día siguiente , á la hora señalada ; pero encontré á Dionisio en medio de una corte numerosa , cuyos homenajes y adulaciones recibia. Sonrióse benignamente conmigo , y me hizo seña de que aguardara. Y asi que se disipó la cortesana multitud , me habló del esplendor que queria dar á su imperio , de la guerra que meditaba contra los Cartagineses , de las tropas y de los navíos que queria armar ; pero ni una palabra del plan de la víspera. Yo estaba como aturdido. Cuando ya hubo acabado de hablar de su

poder y de sus futuras conquistas , le dije riendome : « Espero , Señor , que en vuestras rápidas expediciones miraréis con benignidad á Atenas , la cual tan generosamente os ofreció ayer un asilo. — Te entiendo , Bion : he meditado sobre ello , pero cada hombre tiene su destino. Conozco que la diadema está circundada de agudas puntas , y que un filósofo es mucho mas dichoso que un Rey ; pero pasense algunos años mas de trabajos , y despues libre de cuidados y de inquietudes disfrutaré , entre el reposo y las Musas , de todos los placeres de la vida , y de mi pasada gloria. — ¿ Podré atreverme , Señor , á preguntaros que edad teneis ? — Sesenta y dos años tengo. — Pues bien , Señor , cada día que continuais respirando , es un día de gracia. — ¿ Y por que asi , Bion ? — Vuestro contingente de vida es , Señor , de veinte y dos á veinte y tres años , que es lo que los hombres viven uno con otro. Ademas de que segun los cálculos de la duracion media de la vida en cada edad , no podeis esperar mas que de unos nueve á diez años de existencia. — Pues mi plan , Bion , ya que la porcion de mi vida es tan corta , se reducirá á contar con las de los otros , y á existir á sus espensas lo mas que pudiere. » — Interrumpiéronnos en esto ; y concluí , al irme retirando , que para Dionisio y para los mas de los hombres los frutos

de la sabiduría y de la felicidad nacen en unos árboles exóticos que no saben cultivar.

Volvamos á la causa de mi fortuna. Dionisio, que era ambicioso de toda especie de gloria, envió á los juegos olímpicos una diputacion solemne, para disputar el premio de los versos y de la carrera de los carros. Componiase de algunos lectores dotados de voces claras y sonoras, y de muchos carros tirados de cuatro caballos cada uno. Cargáron en nombre suyo los altares de Jupiter de ricas ofrendas. Aquel aparato y la bella voz de los lectores fijáron por unos instantes la atencion de los Griegos; pero no pasó mucho sin que, cansados de la insipidez de los versos, prorumpiesen en murmuraciones, silbasen á los lectores y al poeta, y aun llevasen el insulto y el desprecio hasta saquear y trastornar sus tiendas. Igualmente desgraciado fué su éxito en la carrera, pues los carros mal conducidos se hicieron pedazos unos contra otros; y para colmo de infortunios el navío que regresaba á los diputados y sus reliquias, naufragó sobre las costas de Italia. Abatido Dionisio con aquella afrenta, estuvo muchos dias sin comparecer, comió solo, y vió á muy pocas gentes. Unicamente yo fui admitido á su presencia, el dia siguiente á la fatal noticia. Vine embarazadísimo sobre el porte que habia de mostrar á la entrada, y sobre los consuelos

que habia de dar al amor propio de un poeta que tenia ejércitos á sus órdenes. Yo no quería imitar á Polixenes, que fué enviado á las canteras; y por lo mismo me presenté con la fisonomía tétrica y afligida. Primero me habló Dionisio de cosas indiferentes, y luego con semblante tan triste como el mio me dijo: «Ya sabes mi desgracia en los juegos olímpicos, donde ha sido silbada mi tragedia.» — Respondile que un gran Príncipe como él, lleno de gloria, no necesitaba de un laurel poético para inmortalizar su nombre; que, por otra parte, en aquellas tumultuosas concurrencias decretaban las coronas el entusiasmo, la cabala y la preocupacion; y que tambien debia conocer la ligereza é inconsecuencia de los Griegos. Fuera de que, le añadí, el mismo Esquilo no consiguió mas que trece coronas, habiendo compuesto ochenta tragedias; Sofocles diez y ocho, de cerca de ciento y veinte piezas; y Euripides no fué coronado mas que cinco veces, no obstante de haber enriquecido nuestro teatro con mas de ochenta tragedias. — Todo eso lo sé, Bion: los Griegos son ligeros, inconsecuentes y burlones; pero son los dispensadores de la gloria, y tienen en la mano la trompeta de la fama. Quiero absolutamente levantarme de esta caida, y concurrir en Atenas á las fiestas de Baco. Estoy trabajando una tragedia, cuyo

argumento es la muerte de Egeo. Ya te acordarás de que Minos, cuando venció á los Atenenses, les impuso un tributo anual de catorce jóvenes (siete varones y siete hembras), para que sirvieran de alimento al Minotauro. El jóven Teseo, nacido para aterrar monstruos, quiso ser uno de los siete jóvenes, resuelto á perecer, ó libertar su patria de tan vergonzoso tributo. Afligido y asustado Egeo de semejante audacia, mandó al piloto del navío que llevaba aquellas tempranas víctimas, que á su vuelta, si su hijo venia vencedor, enarbolase una bandera roja ó blanca, en vez de la negra que se acostumbraba en aquellas ocasiones. Teseo triunfó del Minotauro, y purgó de él á la tierra. Egeo iba diariamente á las orillas del mar, y miraba lo mas lejos que podia, por ver si divisaba el bajel donde venia su hijo. Por fin, lo alcanzó á ver. Era un dia sereno: un viento fresco hinchaba las velas, y el navío iba ligeramente sulcando las tranquilas ondas. El piloto y Teseo, enagenados del gozo, olvidaron el orden de Egeo; el pabellon negro ondeaba al arbitrio de los céfiros. Viólo el buen padre, y dando á su hijo por devorado, se tiró al mar. Este asunto, que es importante y nacional, debe gustar á los Atenenses. Todavía no he trazado mas que algunas escenas, porque estoy sobrecargado de negocios. Vosotros sí

que sois dichosos, bellos ingenios, pues habitais siempre sobre el Parnaso, sin tener precision de bajar de él para otras ocupaciones; pero ello es cierto que no es poeta todo el que lo quiere ser. — Ni tampoco es Rey, Señor, todo el que quiere serlo; bien que yo no quisiera ser Rey, sino de mi jardin y de mi querida. — Ve aquí pues, estimado Bion, el servicio que de tí aguardo, unido al mayor secreto. — ¿Os contentaréis, Dionisio, con que os jure guardarlo por la laguna Estigia? — Quiero que me ayudes para la conclusion de mi tragedia. Acaba mi plan, pon en verso las primeras escenas, y yo tambien trabajaré por mi parte. — Rehusé primero por modestia asociar mis pobres talentos á su vasto ingenio; pero insistió, y cedí. Encerréme al momento en mi gabinete. El plan de Dionisio no estaba mas que bosquejado, y lo estendí hasta cinco actos. Dionisio quedó satisfecho; pero, con todo, me hizo algunas observaciones juiciosas, porque ni le faltaba talento, ni literatura. Terminado pues el plan, entré en la poesía. A cada escena iba á consultar con mi Apolo Dionisio: corregimos mucho. Advertí que Dionisio decia siempre *mi tragedia*, fuese porqué á fuerza de repetirlo quisiese persuadirme á que era su autor, ó bien fuese para persuadirse á sí propio. Yo le contestaba tambien sobre el tono de *ques;*

tra tragedia, bien que en sustancia no dejaba de pertenecerle, así por algun centenar de versos que habia en el drama á su modo, como por el precio en que lo compró. Ya, pues, que hubimos suficientemente visto, revisito, tachado y retachado aquel fenómeno trágico, partí para Atenas en un bireme, y presenté al primer arconte el poema del dueño de la Sicilia. Hice resplandecer á sus ojos y á los de los jueces nombrados para admitir ó reprobar las piezas, el precioso metal del oro; y su brillo reflejó sobre la obra, porque fué juzgada digna del concurso. Dirigíme á los Coregos (a), y nada reparé en el gasto de los coros y de las danzas. Dí á los actores ropas tálares, tejidas de oro, esmaltadas de púrpura y de muchas suertes de colores; máscaras dibujadas y coloridas por los mejores maestros; y como era tan del caso una estatura magestuosa y respetable, levanté á mis héroes sobre unos coturnos de cuatro pulgadas de altura; espesé, digámoslo así, sus pechos, sus vacíos, y todas las partes de sus cuerpos á proporcion de sus estaturas; y con unos guantes se prolongaban á la vista sus brazos. Trabajáron las decoraciones

(a) Los Coregos presidian en los coros, y arreglaban el gasto que se hacia para los actores y para los músicos en las fiestas públicas.

los pintores mas celebrados: la primera presentaba una campiña risueña; la segunda, una soledad espantosa, y la orilla del mar, circundada de escarpadas rocas y de profundas grutas; la tercera representaba un soberbio templo, cubierto de oro y de pedrerías, en medio de un vasto bosque de los árboles de Jupiter. Treinta mil espectadores llenaban el teatro. Tuvo Dionisio la recompensa de sus trabajos y de sus gastos. La tragedia, apoyada sobre tan grandes medios, subió hasta las nubes, y el tirano de Siracusa fué declarado vencedor. Por las vivas conmociones que esperimenté, conocí que era padre. Pero, fiel á Dionisio, no arranqué ninguna flor de su corona literaria. Aquella misma noche me embarqué, forzando á vela y remo; y favorecido por los vientos y por Neptuno, llegué en pocos dias á Siracusa.

La noticia de aquel lucido suceso causó á Dionisio un delirio de gozo que casi le perturbó la razon. No hablaba de otra cosa que de su tragedia, porque yo creo que se convenció, al fin, de que era parto de su ingenio. Llamó á todos sus amigos, les notició su triunfo, y lo mismo hizo con toda su corte y con cuantos encontró. Calmado ya algun tanto su enagenamiento, me preguntó: ¿cuales fuéron los versos mas aplaudidos? Yo no falté á citarle los suyos, con lo cual completé

el efecto. Y apenas habia entrado en mi casa, cuando recibí el magnífico don de cien talentos, y un recado de convite para cenar con él. Quiso Dionisio celebrar su triunfo con los amigos. ¡Ay! aquel triunfo tuvo la rápida inestabilidad de las cosas humanas. Ni el lujo ni la profusion dispusieron nunca un festin tan suntuoso. Sirviéronse hasta dos mil pescados, y hasta siete mil piezas de caza en la cena. La camilla del vencedor estaba colocada bajo un dosel cargado de laureles, y aun él mismo llevaba puesta una gran corona. La mesa era de cien convidados. Cuando entró en el salon, resonaron por todas partes las palmadas. Dionisio, animado con la alegría, con el apetito y con los sabrosos manjares, se entregó á su intemperancia. A cada instante circulaban grandes copas de vino; y él bebia siempre á la salud de sus amigos los Atenienses, de Apolo, y de las nueve Musas. Fué tan ardiente su celo, y celebró tanto al dueño del Parnaso, y á las nueve Vírgenes que lo habitan, que cayó embriagado; y de allí á poco terminó sus glorias una indigestion violenta, y acabó su reinado, sus placeres, sus penas, y sus vastos proyectos: tenia sesenta y tres años de edad. Cuando los Atenienses supieron su muerte, dijeron que de muy buena gana le hubieran coronado veinte años ántes, á haber sabido

que por aquel medio libertaban á la Sicilia (a). Acabaré de hablar de Dionisio con un pasage singular que le pertenece. Este Príncipe, abominado de sus vasallos, y objeto de sus imprecaciones, supo que una buena vieja pedia diariamente á los Dioses que la quitaran la vida ántes que á Dionisio. Lisonjeado este de tan tierno afecto, la preguntó el motivo de su plegaria. « En mi infancia, respondió la vieja, oia yo á todos los Siracusanos maldecir á su Príncipe, y desear su muerte: fué asesinado. Sucedióle otro, cuyo bárbaro reinado nos hizo echar menos al anterior. Tuvieron los Dioses compasion de nosotros, y nos libraron de él. Vos, Señor, le sucedisteis, y nos va peor que nunca; y como presumo que el sucesor vuestro valdrá menos que vos, ruego todós los dias á los Dioses por la conservacion vuestra. » — Maravillado Dionisio de la franqueza de aquella muger, la despidió sin tomar venganza alguna.

Muerto aquel tirano, inquieto como un viejo avaro que vé que le rondan su tesoro, ó como un pastor que oye por la noche ál

(a) El oráculo vaticinó á Dionisio, que moriria en venciendo á los que valian mas que él. Creyó que el oráculo hablaba de los Cartagineses; pero se desengañó muriendo. Habia vencido Dionisio á los poetas de Atenas, que le eran muy superiores en talento.

lobo girar al rededor de su redil, pensé en poner mi dinero á cubierto de la rapacidad de Dionisio el jóven y de sus favoritos. Embarquéme secretamente para Corinto, desde donde vine aquí á visitar algunos parientes, los cuales me propusieron la adquisicion de esta hacienda. La situacion me sedujo, porque ví que era capaz de adelantamientos y mejoras; y en ello he trabajado, en diversas épocas, por tiempo de cuarenta años.

Llegó Teofania: la colocámos en medio; su perro se le puso á los piés, y así que nos vió atentos, empezó su historia.

CAPITULO XLIV.

Historia de Teofania.

NACÍ en Mileto, de cuya ciudad os ha hecho Bion la pintura; pero acaso no os habrá dicho que las Milesianas se creen obligadas por una antigua tradicion á dar sus primeros y mejores años al amor; por eso son los comercios de galantería sus principales negocios, y las fruiciones de toda especie su único objeto.

No sé si mi madre, cuando jóven, fué muy celosa del culto de Venus: lo que sí sé, es que á los diez lustros se vió viuda y pobre, y no teniendo mas sociedad que la mía, se retiró

á vivir en el campo, en una sencilla cabaña que poseia á las orillas del Meandro. Entónces tenia yo doce anos. Allí vivímos con legumbres y raices de nuestra huerta, y con el producto de los cestos de juncos que tejíamos en las noches de invierno y en el tiempo de la canícula. Mi madre era una buena muger, esto es, una muger de candor y de probidad, pero de espíritu apocado, crédula y supersticiosa en extremo. El Tártaro la asustaba, y á la menor omision en los ritos y en el culto de los Dioses, la parecia verlo ya abierto bajo sus piés. Al oír el nombre de Cerbero, de las Euménides y de Minos, se estremecía. El temor, mas que el amor, la hacia religiosa, y siempre estaba temiéndola venganza de los Dioses. Aunque era tan pobre, sacrificaba todos los años una cordera negra á Pluton, y hacia lustraciones y libaciones en honra suya casi á todas las horas del dia. Lo que derramaba en la tierra ó en el fuego, era leche, vino ó miel; y en su defecto derramaba agua. Cuando teníamos algun pedazo de carne, quemaba la mejor parte en honor de sus Lares, ó de su Genio, ó de Mercurio, ó de Baco. Los dias de ayuno ó de abstinencia religiosa, que eran las vísperas de las fiestas solemnes, no hacia mas que una ligera comida por la noche; y cuando mas tomaba por el dia algun pedazo